

Hacia una sociología de la pobreza: la relevancia de las dimensiones culturales

María Cristina Bayón

Resumen

Desde una perspectiva sociológica, la pobreza no sólo es relativa, sino que está construida socialmente, lo que nos conduce a interrogarnos por aspectos tanto materiales como simbólicos. Las dimensiones culturales afectan tanto las relaciones entre las clases sociales, el discurso público sobre la pobreza, las representaciones y experiencias, como las políticas e instituciones que emergen con relación a la misma. En el debate contemporáneo sobre la pobreza, si bien se reconoce su importancia, estas dimensiones no han sido suficientemente exploradas en los estudios sobre el tema. A fin de indagar sobre las posibles rutas teóricas e implicaciones empíricas para su abordaje, se analizan los conceptos de marcos y repertorios culturales, límites simbólicos, narrativas y capital cultural, destacando su utilización en diversas investigaciones sobre la pobreza. La potencialidad de estos conceptos radica en su apertura para dar cuenta de la heterogeneidad de experiencias, significados y respuestas posibles frente a constreñimientos estructurales semejantes, permitiendo desmontar los estigmas y estereotipos sobre “los pobres” y “su cultura” emergentes de las tesis de la “cultura de la pobreza”. Finalmente, se enfatiza la necesidad de indagar acerca de los mecanismos mediante los cuales las dimensiones culturales contribuyen a generar y reproducir la desigualdad en una sociedad particular.

Palabras clave: pobreza, desigualdad, cultura, estereotipos, heterogeneidad.

Abstract

Towards sociology of poverty: the relevance of cultural dimensions

From a sociological perspective, poverty is not only relative but is socially constructed, which leads us to wonder for both material and symbolic aspects. The cultural di-

mensions affect both the relations between social classes, the public discourse on poverty, the representations and experiences, as policies and institutions that emerge in relation to it. In the contemporary debate on poverty, while recognizing their importance, these dimensions have not been sufficiently explored in the literature on the subject. In order to investigate possible routes theoretical and empirical implications for their approach, we analyze the concepts of frames and cultural repertoires, symbolic boundaries, narratives and cultural capital, emphasizing its use in various poverty researches. The potential of these concepts lies in its openness to account for the heterogeneity of experiences, meanings and possible responses against similar structural constraints, allowing remove the stigmas and stereotypes about “the poor” and “their culture” emerging from the thesis of the “culture of poverty”. Finally, we emphasize the need to inquire about the mechanisms by which cultural dimensions contribute to generate and reproduce inequality in a particular society.

Key words: poverty, inequality, culture, stereotypes, heterogeneity.

Introducción

El debate contemporáneo sobre la pobreza se ha visto enriquecido por la emergencia de perspectivas que cuestionan y trascienden las tradicionales visiones económicas que conceptualizan a la pobreza de manera estática y limitada al ingreso y el consumo. Las nociones de privación relativa, capacidades, vulnerabilidad, activos y estructura de oportunidades, y finalmente el de exclusión, han conducido a un creciente reconocimiento del carácter multidimensional y dinámico de la pobreza, y de sus relaciones con la polarización, la diferenciación y la desigualdad sociales.¹ La pobreza es abordada

¹ Si bien el análisis de las diversas conceptualizaciones de la pobreza excede los objetivos de este artículo, es importante mencionar —aunque de manera muy sintética, esquemática y no exhaustiva— algunas de las principales contribuciones que han alimentado este debate. Al respecto, resaltan los aportes de Townsend (1979; 1993) sobre el carácter relativo de la pobreza, tanto en lo que respecta al contexto socio-histórico, como a los umbrales de bienestar mínimos necesarios para garantizar la participación en la sociedad de pertenencia. La perspectiva de las capacidades de Sen traslada el eje del análisis de la pobreza y la desigualdad de los medios (como la renta) a los fines (funcionamientos) que los individuos valoran y persiguen, y a las libertades (capacidades) necesarias para poder satisfacerlos. Dichas libertades están condicionadas por dimensiones estructurales (instituciones sociales, políticas y económicas) que limitan y restringen las opciones y oportunidades de los individuos para ejercer su agencia; no se trata sólo del nivel de realización, sino de la libertad u oportunidad real para realizarse, lo que exige un mínimo de bienestar (Sen, 1995; 2000) (para una revisión de este debate véase *Revista Comercio Exterior* (2003), vol. 53, núm. 5, coordinado por Julio Boltvinik). Los conceptos de vulnerabilidad, activos y estructura de oportunidades, se instalan en el cruce del nivel micro-social de individuos y hogares, y macrosocial de los órdenes institucionales; la vulnerabilidad

como un proceso, como una trayectoria en la que se pasa por fases distintas, marcada por rupturas, desfases e interrupciones, por desventajas que se acumulan durante la experiencia biográfica, generando una progresiva fractura de los lazos que tejen la relación individuo-sociedad.

Este énfasis en la relación individuo-sociedad nos conduce a un análisis sociológico que remite a cuestiones fundamentales sobre el vínculo social, y a interrogarnos sobre la noción misma de pobreza, donde la referencia a Simmel es ineludible. Su trabajo *El pobre*, publicado en 1908, constituye una contribución teórica clave para pensar la pobreza en términos sociológicos. Para Simmel ([1908] 1986), lo sociológicamente pertinente no es la pobreza como tal, sino la relación de interdependencia entre la población que se designa como pobre y la sociedad de la que forma parte. La pobreza no puede definirse en sí misma como un estado cuantitativo, sino en relación con la reacción social que resulta de una situación específica (Simmel, [1908] 1986). Así, la pobreza no sólo es relativa, sino que está construida socialmente, su sentido es el que le da la sociedad. Los pobres no están fuera, sino dentro de la sociedad, pero en una situación desfavorable, como ciudadanos de segunda clase.

Una perspectiva sociológica nos permite comprender los modos en que la pobreza es creada tanto material como simbólicamente. Esto supone indagar tanto acerca de las causas y los procesos generadores de la privación y sus consecuencias, como en los modos en que el discurso de la pobreza está construido en contextos diferenciados y en las respuestas y reacciones de los más desfavorecidos a situaciones de privación. Al incorporar los mecanismos institucionales generadores de desigualdad, la sociología de la pobreza contribuye a un análisis más profundo sobre los aspectos materiales y discursivos de la misma, el modo en que los pobres están contruidos co-

es considerada como un producto tanto de los activos de los hogares (disposición y control o movilización de los recursos materiales y simbólicos disponibles) como de las características de la estructura de oportunidades de acceso al bienestar asociadas al funcionamiento del Estado, el mercado y la comunidad, haciendo evidentes las raíces estructurales de las situaciones de vulnerabilidad (Kaztman, 1999; 2002; Moser, 1998). Finalmente, el debate en torno a la exclusión enfatiza la dimensión relacional del problema; tematizada por algunos autores como desafiliación (Castel, 1997) y por otros como descalificación social (Paugam, 1991), se centra en la emergencia y confluencia de diversos procesos que conducen al debilitamiento de los lazos que mantienen y definen en una sociedad la condición de pertenencia. Burchardt, Le Grand y Pichaud (2002: 9) proponen un diagrama de “cebolla” para ilustrar el carácter complejo y dinámico de esta perspectiva. Si la cebolla es cortada verticalmente, el enfoque de la exclusión permite un análisis dinámico (relación entre influencias y experiencias pasadas y presentes); si es cortada horizontalmente pueden analizarse la relación entre diversas dimensiones o esferas (individual, familiar, comunitaria, etcétera).

mo categoría social y cómo el estigma se asocia a dicha construcción (Islam, 2005).

Tradicionalmente, las dimensiones culturales no han sido abordadas con la suficiente profundidad teórica y/o empírica en los estudios sobre la pobreza. Con frecuencia se ha analizado la cultura desde una visión parsoniana, como un conjunto unitario e internamente coherente de normas y valores, o como patrones de comportamiento imputables a un grupo social particular, ignorando las diferencias intra-grupales. Desde esta visión se construyó y popularizó el concepto de “cultura de la pobreza” (Lewis, 1970), el cual alimentó estereotipos y estigmas sobre “los pobres” y “su” cultura que se extendieron en el sentido común y sustentaron (y todavía sustentan) el diseño de numerosas políticas sociales y no pocos trabajos académicos.

En el periodo reciente, en un contexto en el que se ha avanzado hacia perspectivas más complejas, se ha producido un resurgimiento de las dimensiones culturales en la agenda de investigación sobre la pobreza (Harding, 2007; Lamont y Small, 2008; Reutter *et al.*, 2009; Small, Harding y Lamont, 2010; Young, 2010). En contraste con las tesis de la “cultura de la pobreza”, estos trabajos han contribuido a desarrollar un panorama más sutil, heterogéneo y complejo sobre cómo los factores culturales moldean y son moldeados por la pobreza y la desigualdad. En lugar de “tener una cultura”, los individuos existen en el contexto de, responden a, usan y crean símbolos culturales, a través de los cuales dan sentido a sus vidas; cuestiones que, lejos de ser respondidas *a priori*, constituyen un problema a ser investigado (Lamont y Small, 2008). No se trata sólo de preguntarse por las condiciones de vida de los sectores más desfavorecidos, sino por los modos particulares en que estas condiciones son problematizadas y en las respuestas emergentes de las diversas representaciones de la pobreza. El análisis de las dimensiones culturales involucra no sólo a los pobres, sino a los diversos grupos sociales (privilegiados y desfavorecidos) y sus relaciones, así como a las políticas e instituciones que emergen en relación con la pobreza.

La utilización de conceptos como los de marcos y repertorios culturales, narrativas, límites simbólicos y capital cultural, en estudios que abordan diversas problemáticas relacionadas con la pobreza, han permitido avanzar en la comprensión de cómo los pobres interpretan y responden a sus circunstancias, desmontando y haciendo evidentes los estereotipos en que frecuentemente se inspiran numerosas políticas sociales. Este artículo se propone avanzar hacia una reflexión sociológica sobre la pobreza, enfatizando la importancia de las dimensiones culturales y las contribuciones que diferentes modos de conceptualizar la cultura tienen para la comprensión de cómo la pobreza se experimenta, se representa, se legitima y se reproduce. El análisis se nutre tanto

de la discusión teórica como de los hallazgos de diversas investigaciones empíricas, propias y de otros autores, a fin de mostrar la capacidad explicativa de los conceptos antes mencionados, así como su operacionalización en diversos contextos y situaciones. Necesitamos disponer de herramientas teóricas que nos permitan indagar de qué manera las diversas formas en que la pobreza se construye afecta las relaciones entre las clases sociales, el discurso público sobre la misma, las representaciones y experiencias, y las políticas supuestamente destinadas a “combatirla”. El análisis de las dimensiones culturales se orienta a evidenciar la heterogeneidad de experiencias y repertorios culturales de los sectores más desfavorecidos frente a situaciones de desventaja, y contribuye a una explicación compleja sobre las causas, consecuencias y los mecanismos que conducen a la perpetuación de la pobreza.

Estas dimensiones, aunque poco exploradas, tienen una importancia clave para “desnaturalizar” la pobreza y la desigualdad en sociedades como las latinoamericanas, donde —sin ignorar las particularidades y trayectorias de los distintos contextos nacionales y locales— la privación y las abismales distancias sociales entre los sectores privilegiados y desfavorecidos, no sólo constituyen problemas de larga data, sino que suelen ser ampliamente tolerados socialmente. Como señala Bourdieu (1997), la sociología es una ciencia que incomoda, no sólo porque devela cosas ocultas, sino porque se trata de cosas que ciertos individuos o ciertos grupos prefieren esconder o esconderse porque perturban sus convicciones o sus intereses. Tal es el caso de los temores, prejuicios y estereotipos naturalizados y fuertemente internalizados en los diversos sectores sociales acerca de “los pobres” y “su” cultura; al convertirlos en objetos de reflexión sociológica, se pretende evidenciar los mecanismos a través de los cuales éstos son construidos socialmente.

Desmoralizando la pobreza: la importancia de las dimensiones culturales

Durante mucho tiempo, el análisis de las dimensiones culturales de la pobreza fue asociado a la perspectiva de la “cultura de la pobreza” desarrollada por Oscar Lewis, según las cuales poblaciones marginadas desarrollan patrones de comportamiento particulares para enfrentar su situación (bajas aspiraciones, apatía política, indefensión, provincialismo y distanciamiento de los valores de la clase media, etcétera). Desde esta perspectiva, los pobres se orientan hacia el presente y la gratificación instantánea, prefieren la felicidad al trabajo, valoran más las redes familiares que las consideraciones morales sobre lo correcto e incorrecto, tienen relaciones sexuales con múltiples parejas durante

el curso de vida, etc. (Lewis, 1970). Esta “cultura”, o más bien “subcultura” tiende a perpetuarse, más allá del cambio en las condiciones estructurales, e impide a los pobres escapar de su situación de desventaja (Lewis, 1970). Como señalara Portes en su clásico *Rationality in the Slum* (Portes, 1972: 286), estas perspectivas sobre la marginalidad urbana transforman las condiciones sociológicas en rasgos psicológicos, imputando a las víctimas las características distorsionadas de sus victimarios.

Destacar la importancia de las dimensiones culturales de ninguna manera significa que quienes estudian la pobreza deban concentrarse sólo en estas dimensiones; de lo que se trata es de buscar modos alternativos de pensar la cultura en su interacción con la estructura. La articulación de los niveles micro (relaciones entre significados, experiencias y toma de decisiones entre los pobres) y macro (supuestos culturales de políticas e instituciones), nos brinda un panorama mucho más complejo que el que resulta del supuesto básico de la cultura de la pobreza, según el cual las condiciones de privación crean orientaciones culturales “perniciosas” que se autopercetúan (Lamont y Small, 2008). No se trata sólo de indagar acerca de los significados que adquiere la pobreza en diversas dimensiones y diversos espacios, sino de preguntarse en qué medida y cómo estos significados contribuyen a la reproducción de la desigualdad.

Small, Harding y Lamont (2010) enfatizan la relevancia de incorporar las dimensiones culturales a los estudios de la pobreza, tanto por razones académicas como políticas. Entre las razones académicas resaltan la posibilidad de comprender mejor por qué la gente responde a la pobreza del modo que lo hace, teniendo en cuenta la posible heterogeneidad de dichas respuestas, lo que contribuye a desenmascarar los mitos existentes sobre las orientaciones culturales de los pobres y hacer evidentes las inconsistencias teóricas de la “cultura de la pobreza”. Esto requiere desarrollar una comprensión integral de las condiciones que producen y mantienen la pobreza, a través de análisis empíricos rigurosos sobre cómo los pobres dan sentido y explican sus situaciones, opciones y decisiones.

En cuanto a las motivaciones políticas, es preciso enfatizar que el discurso público de la pobreza y las políticas resultantes del mismo, son productos culturales sujetos a las predilecciones, prejuicios, creencias, actitudes y orientaciones de las élites políticas. Reflejan los supuestos sobre el trabajo, la responsabilidad, la agencia de los actores y su moral, entre otros, con base en los cuales se producen los debates políticos y se toman las decisiones. El embate neoliberal contemporáneo “repauperizó” la pobreza, y tendió a presentarla como un problema de moralidad individual, oscureciendo la naturaleza política y económica de la desigualdad, el deterioro salarial, la inseguridad

laboral y el escaso dinamismo del mercado de trabajo. Ante el avance del “fundamentalismo de mercado”, a partir de la década de 1990, se produjo un proceso de transformación en el modo de entender la pobreza, y se pasó de culpar a la economía —puesto que el mercado de trabajo es una institución fuera del control de los individuos— a culpar a los propios pobres por su situación. Este proceso ha sido caracterizado como una *conversión narrativa de la pobreza a la perversidad* que, desde una visión neo-malthusiana, recicla la perspectiva de la perversidad de inicios del siglo XIX (Somers y Block, 2005). Una de las principales herencias de Malthus es la conversión discursiva de los pobres, de una posición estructural a una elección de comportamiento, de una posición de clase a una condición moral —asociada a la holgazanería, la vagancia y el vicio, de donde emergería luego la distinción entre pobres merecedores y no merecedores— (Somers y Block, 2005). Desde esta perspectiva, inspiradora de numerosas políticas sociales en el periodo reciente, no se trata de eliminar la pobreza atacando las causas que la generan, sino de cambiar el comportamiento de los pobres, promoviendo su autosuficiencia en el mercado de trabajo, limitando (o eliminando, cuando sea posible) los programas sociales que generan “dependencia” en quienes los reciben.²

En el contexto de América Latina, la presencia de este discurso moralizador se evidencia en los programas de combate a la pobreza, que bajo la forma de transferencias condicionadas han dominado la agenda de la política social de diversos países de la región durante las dos últimas décadas.³ El programa Oportunidades, desarrollado en México es, como lo evidencian

² Sommers y Block (2005) analizan este proceso de conversión discursiva, a través de la comparación de dos “revoluciones del bienestar” (*welfare revolutions*): la Personal Responsibility and Work Opportunities Reconciliation Act (PRWORA) de Estados Unidos en 1996 (destinada a hacer a los pobres más directamente “responsables” de las señales del mercado, y de donde emergieron las políticas de *workfare*), y la Nueva Ley de Pobres, aprobada en Inglaterra en 1834, que demolió el sistema de bienestar pre-industrial, reemplazándolo por uno radicalmente diferente que criminalizaba y estigmatizaba fuertemente a los pobres, y reducía la elegibilidad de las provisiones sociales.

³ Los programas de transferencias condicionadas operan actualmente en 18 países de América Latina y el Caribe, siendo los de mayor cobertura el programa Bolsa Familia, en Brasil, y Oportunidades, en México, con 52 millones y 27 millones de beneficiarios, respectivamente. Las transferencias de efectivo a las familias están condicionadas al cumplimiento de responsabilidades establecidas en cada uno de los programas. Tanto las transferencias de dinero como el cumplimiento de las responsabilidades, en general, recaen sobre las madres del hogar (Cecchini y Madariaga, 2011). La evaluación de los impactos de estos programas, su centralidad en la política social de los diversos contextos nacionales y las diferencias en diseño y objetivos escapan a los propósitos de este artículo. Lo que aquí nos interesa es evidenciar la concepción sobre la pobreza y los pobres, que inspira muchos de estos programas.

diversos estudios, un caso paradigmático de dicho discurso.⁴ El diseño conceptual del mismo, sustentado en la focalización, la co-responsabilidad y condicionalidad revela una interpretación paternalista y desde arriba de las necesidades de los sectores más desfavorecidos que, con un fuerte tinte moralista, suele atribuir la privación a la pasividad e indolencia de los pobres. Los patrones de comportamiento de los hogares pobres son considerados uno de los principales obstáculos para superar la pobreza, por lo que se pretende modificarlos a través del cumplimiento de diversas obligaciones que deben cumplir para ser “merecedores” de la “ayuda”; se trata de un discurso que enfatiza las obligaciones y responsabilidades de los pobres, con escasas (o nulas) referencias a sus derechos como ciudadanos.⁵

En este contexto, se plantea la necesidad de “depauperizar” y ampliar el conocimiento sobre la pobreza, incorporando como elementos centrales del análisis las desigualdades en la distribución de poder, riqueza y oportunidades, las cuales no sólo afectan las condiciones de vida, sino la dimensión moral de la experiencia de clase, ligada a las posibilidades de acceder a los modos de vida valorados socialmente, que suponen reconocimiento y auto-respeto (O’Connor, 2001; Sayer, 2005).⁶ A continuación se analiza de qué manera los distintos modos de entender la cultura en los estudios contemporáneos sobre la pobreza pueden contribuir a “desmoralizar”, y por lo tanto “depauperizar”, el conocimiento y el discurso sobre la pobreza.

⁴ Véanse, entre otros, los trabajos de Bey (2003), Reis y Moore (2005), Molyneux (2008), Bayón (2009), y Saucedo (2011).

⁵ Inspirado en un enfoque productivista, que no se orienta a garantizar niveles mínimos de bienestar, el programa se sustenta en el falso supuesto de que el mayor capital humano garantiza la incorporación al mercado de trabajo, y que una vez en el mercado, el trabajo *per se* permitirá a los pobres superar su situación, “ignorando” que el acceso a los escasos empleos de calidad está prácticamente bloqueado para los sectores pobres (Bayón, 2009). A su vez, lejos de concebir a los pobres como ciudadanos activos, capaces de identificar sus propias necesidades y formular sus propias estrategias para superar la pobreza, las condicionalidades suponen obligaciones que normalizan una concepción tradicional de los roles de género, reforzando el rol social de la mujer como madre y cuidadora, en detrimento de su rol como trabajadora y ciudadana, a la par que marginaliza las responsabilidades masculinas de cuidado (Bey, 2003; Molyneux, 2008; Saucedo, 2011).

⁶ La pobreza no puede ser analizada sin tener en cuenta su contraparte, la riqueza. Scott (1994) destaca que al igual que la pobreza, la riqueza es un rasgo que emerge de patrones particulares de desigualdad. El privilegio es una condición paralela a la privación, y como esta última, también es relativa. Si la privación muestra la condición de vida de los pobres, el privilegio evidencia la condición de vida de los ricos. La privación y el privilegio son términos complementarios que indican alejamientos polarizados del estilo normal de vida de los ciudadanos de una sociedad particular (Scott, 1994).

La pobreza y los diferentes modos de entender la cultura

Si bien el paraguas del término “cultura” permite incorporar dimensiones frecuentemente poco examinadas en los estudios sobre la pobreza, es importante precisar a qué nos referimos cuando hablamos de cultura y sus implicaciones en términos empíricos. A continuación, retomando el análisis de Lamont y Small (2008) en torno a las contribuciones de la sociología de la cultura a los estudios de la pobreza, se revisan distintos modos en que la cultura puede ser conceptualizada y el tipo de investigaciones y hallazgos emergentes de las diversas perspectivas. Conceptos como los de marcos y repertorios culturales, límites simbólicos, narrativas y capital cultural contribuyen a reflexionar sobre las dimensiones simbólicas y estructurales en términos relacionales, y son sensibles a la heterogeneidad cultural que puede emerger (entre grupos y a nivel individual) aún en contextos socialmente homogéneos donde las estructuras de oportunidades son sumamente restringidas.

En otros términos, estas perspectivas tienen mayor apertura para captar experiencias, significados y respuestas heterogéneas frente a constreñimientos estructurales semejantes, los cuales pueden ser procesados de maneras diferenciadas. Esto supone reconocer que, aunque el margen de maniobra de los sectores más desfavorecidos está seriamente limitado por los constreñimientos estructurales, la agencia de los actores no desaparece.

Marcos culturales

Los marcos son modos de entender cómo funciona el mundo, definen horizontes de posibilidades y proyectos de vida. Constituyen esquemas interpretativos que simplifican y condensan el contexto social en que los individuos se hallan inmersos; en otros términos, estructuran los modos en que los sujetos interpretan diversos eventos y reaccionan frente a ellos. La premisa básica detrás de la idea de “marco” es que el modo en que la gente actúa depende de cómo se perciben a sí mismos cognitivamente. Las percepciones individuales del mundo social —como las relaciones sociales, las clases, el barrio, etc.— están filtradas por marcos culturales que destacan ciertos aspectos de la realidad y ocultan otros (Lamont y Small, 2008; Small, Harding y Lamont, 2010; Young, 2010).

En contraste con la “cultura de la pobreza”, esta perspectiva cuestiona la existencia de un conjunto homogéneo de respuestas culturales frente a condiciones de pobreza estructural, y destaca la posible heterogeneidad de respuestas como resultado de diferentes marcos culturales en un mismo espacio. No hay una relación de causa-efecto entre valores y comportamientos; se trata

más bien de una relación de constreñimiento y posibilidad: los marcos no causan el comportamiento, sino que lo hacen posible o probable, por lo que pueden ser pensados como condiciones necesarias pero no suficientes. Las acciones de los individuos no pueden ser inferidas sólo de valores e intereses, sino que es preciso considerar lo que es visualizado como existente y accesible.

En una investigación sobre las percepciones en torno al trabajo y a las oportunidades laborales, Young (2010) analiza la concepción de “buen trabajo” entre jóvenes afroamericanos de bajos ingresos (entre 18 y 24 años en 2002) empleados en el sector de comida rápida en Detroit y en cuyas trayectorias —al igual que la de sus padres— han alternado el desempleo con empleos precarios, por lo que sus experiencias de “buenos” empleos o empleos gratificantes han sido muy escasas, si no inexistentes. Los marcos de lo que se considera un “buen trabajo” permiten comprender cómo estos jóvenes construyen un sentido de orden y jerarquía en el terreno económico y explorar de qué manera se significan el valor, los objetivos y las expectativas en torno al trabajo y a las oportunidades laborales futuras. Si bien en términos generales hay consenso entre los jóvenes respecto a los atributos generales que debe reunir un buen empleo (ingreso, desarrollo personal, creatividad, relación con los pares y superiores, oportunidades de ascenso, etc.) las diferencias en las percepciones se centran en la intensidad y centralidad que otorgan a ciertos aspectos o rasgos de un buen trabajo, dependiendo de las experiencias escolares y laborales previas.⁷

Estos hallazgos son similares a los que observé en una investigación etnográfica sobre la experiencia del desempleo y la inseguridad laboral en trabajadores de diversos orígenes sociales y trayectorias laborales contrastantes en dos municipios del Gran Buenos Aires (Bayón, 2002). El concepto de desempleo difícilmente puede entenderse sin explorar los significados atribuidos al trabajo. La gente tiende a definir su situación de empleo de acuerdo con el tipo de actividad a la que se atribuye un verdadero valor. El trabajo puede ser concebido sólo como generación de ingresos o estar asociado a la noción de derechos y pertenencia social. La percepción (y experiencia)

⁷ A diferencia de los entrevistados con niveles educativos más bajos, entre quienes alcanzaron educación postsecundaria, las nociones de buen trabajo no están asociadas a ningún tipo de trabajo obrero industrial y tampoco hacen referencia a las “tres grandes” empresas de automóviles (Chrysler, Ford y General Motors) con sede en Detroit, sino que lo asocian a la creatividad y el disfrute de cierta libertad intelectual en el trabajo. Respecto al interrogante sobre en qué medida el trabajo constituye un amortiguador frente a diversas situaciones de riesgo, los jóvenes que en sus trayectorias tuvieron experiencias laborales en sectores diferentes al de comida rápida tienen una visión más clara al respecto, ya que la capacidad de amortiguación del trabajo es en general visualizada en términos correctivos respecto a empleos anteriores —por ejemplo, protección frente a los riesgos de trabajo, salarios, etc.— (Young, 2010).

del desempleo no sólo se ve afectada por la trayectoria laboral previa del individuo, sino también por las tradiciones laborales e instituciones propias de cada contexto social, que permean la forma en que el empleo se define y percibe (Bayón, 2003).

En su análisis sobre los comportamientos sexuales y las relaciones románticas entre los jóvenes residentes en áreas desfavorecidas, Harding (2007) observa que sus respuestas son más heterogéneas que las de los jóvenes que residen en áreas más acomodadas, alejándose de las explicaciones que, a la hora de dar cuenta de las consecuencias de crecer en barrios pobres, plantean la existencia de una cultura homogénea (o subcultura propia del gueto, “*ghetto culture*”), aislada de las instituciones y la cultura dominantes. Basado en una encuesta nacional longitudinal sobre salud adolescente realizada en Estados Unidos (Addhealth) entre 1994 y 2002 a jóvenes de 12 a 18 años, destaca que con relación al embarazo adolescente hay marcos contrastantes y conflictivos, que incluyen tanto los marcos dominantes o convencionales —que asocian el embarazo adolescente con el abandono o alejamiento de la escuela—, como marcos alternativos —que destacan el estatus social adulto y las mayores exigencias y responsabilidades que se asocian con la crianza de los hijos—. Mientras que en los barrios más desfavorecidos se observa la coexistencia de ambos marcos, en los jóvenes de barrios acomodados tienden a predominar los marcos dominantes o convencionales. En contraste con las perspectivas de la “*underclass*”, el autor destaca que la cultura en los barrios desfavorecidos no es una entidad única o singular, sino una mezcla heterogénea de modelos culturales a la que los individuos recurren cuando lo consideran necesario. La activación de uno u otro elementos de este repertorio depende no sólo de la posición estructural, sino también de la relación entre los distintos elementos del repertorio y del apoyo social local con que cuenta cada uno de ellos (Harding, 2007).

El estudio de la cultura como “marco” permite registrar los tipos de significados que un grupo mantiene sobre algún aspecto de sus vidas sociales y entender de qué manera dichos significados corresponden a particularidades en las experiencias de vida (Young, 2010). De lo que se trata es de explicar la relación entre la experiencia social y los marcos interpretativos de que la gente dispone sobre sí misma y el mundo social.

Repertorios culturales

Desde esta perspectiva, la cultura influye en las acciones de los individuos no porque provea los valores últimos hacia los cuales se orienta la acción,

sino porque proporciona un repertorio o “caja de herramientas” (*toolkit*) —hábitos, habilidades, estilos— a partir de los cuales los individuos construyen sus estrategias de acción (Swidler, 1986). No es necesario que los repertorios sean internamente coherentes o sistemáticos; las herramientas de los actores están organizadas de acuerdo con principios pragmáticos, por lo que pueden usar diversos códigos sin preocuparse demasiado por sus inconsistencias (Weber, 2005).

Preguntarse si los pobres comparten o no los valores y las aspiraciones de la clase media (en relación con la escuela, el trabajo, el matrimonio, etc.), como lo hace la cultura de la pobreza, y a partir de allí sostener la existencia de una “subcultura” propia de “los pobres”, es un argumento débil tanto en términos teóricos como empíricos (Swidler, 1986: 275). Los pobres no tienen “valores” distintos que el resto de la sociedad, sino que tienen acceso a un repertorio diferente a partir del cual construyen sus estrategias de acción. La gente puede tener aspiraciones comunes, manteniendo profundas diferencias en el modo en que su cultura organiza su patrón de comportamiento.

Si uno le pregunta a un joven de un barrio popular periférico por qué no siguió los pasos para lograr un patrón de éxito de clase media (o incluso, si nos preguntamos a nosotros mismos por qué no seguimos una dirección diferente en nuestras vidas) la respuesta probablemente no sea “Yo no quiero esa vida”, sino más bien, “¿quién?, ¿yo?”. Difícilmente se puede lograr el éxito en un mundo donde las habilidades aceptadas, el estilo y el “*knowhow*” informal son poco familiares. Uno se orienta a las líneas de acción para las que cuenta con el equipamiento cultural. (Swidler, 1986: 275)⁸

La dialéctica de las expectativas subjetivas y de las oportunidades objetivas opera por doquier en el mundo social y, en general, suele asegurar el ajuste de las primeras a las segundas (Bourdieu, 1999).

En su trabajo sobre los repertorios de infidelidad entre hombres afroamericanos de 18 a 32 años residentes en barrios desfavorecidos de Boston, Fosse (2010) destaca que la pobreza permea casi todos los aspectos de sus concepciones sobre el amor y la sexualidad. La mayoría de los entrevistados revela altos niveles de desconfianza, visualizando a las parejas monógamas como la excepción más que la regla. Las experiencias cotidianas de violencia y engaño conducen a expectativas de infidelidad de parte de sus parejas, aún entre quienes se involucran en relaciones más estables. En contraste con los estudios que atribuyen el incremento de madres solteras en estas áreas a la “falta de voluntad” de los hombres que allí residen para comprometerse

⁸ La traducción es propia.

en relaciones monógamas de largo plazo, concebida como una masculinidad “patológica” propia de una “subcultura”, el autor destaca la heterogeneidad de actitudes expresadas en los relatos de los entrevistados. En los “repertorios” de infidelidad pueden distinguirse tres lógicas culturales: la duda, el deber y el destino, lo que muestra el carácter contingente, contradictorio y con frecuencia indeterminado de la cultura en los barrios desfavorecidos.⁹ Además de diversos, los repertorios disponibles son dinámicos y pueden variar en las diversas etapas del curso de vida.

El contexto social y cultural no sólo modela las “cajas de herramientas” de que disponen los actores, las herramientas mismas están incrustadas en dicho contexto; el uso de materiales culturales está limitado tanto por los escenarios de interacción como por las posiciones sociales que ocupan los actores en los mismos (Weber, 2005).

Narrativas

Las narrativas contribuyen a entender las experiencias, los significados y las dinámicas de la pobreza, por lo que constituyen una herramienta de profunda riqueza analítica. El mundo social tiene la particularidad de producir innumerables representaciones de sí mismo y las narrativas permiten dar cuenta de dicha particularidad.

El concepto de narrativa sugiere que la gente desarrolla una comprensión de sí misma, su contexto y los otros, que moldea sus acciones. Los individuos no sólo recuerdan su pasado, sino que lo interpretan a través de la selección de lo que incluyen y omiten de sus relatos y del énfasis que hacen en eventos o experiencias particulares. Las narrativas expresan trayectorias y procesos; entender el pasado contribuye a interpretar el presente y los marcos en que se sustentan las expectativas futuras; constituyen la forma por excelencia

⁹ La lógica de la duda estructura las actitudes de los hombres en torno a la confianza hacia sus parejas, y si bien está moldeada por la experiencia de la pobreza, varía de acuerdo con la calidad de la relación. La lógica del deber se refiere al sentido de obligación fuera de sus parejas, y se expresa como contradictoria y ambigua al aplicarse a varios *alter* —amigos, familia, hijos, dios—. Las lealtades hacia los amigos, por ejemplo, entran en contradicción con las lealtades hacia la familia, los hijos y las creencias religiosas. Finalmente, la lógica del destino se refiere a cómo conciben el futuro. Mientras que los entrevistados no monógamos describen un destino caracterizado por la brevedad y el presente, donde la infidelidad es parte de esa lógica, los entrevistados que se definieron como monógamos plantean el futuro como un plan o una trayectoria que trasciende el corto plazo. Si bien estas concepciones de destino están modeladas por un contexto de incertidumbre e inseguridad, en algunos casos eventos traumáticos durante el curso de vida pueden alterar las concepciones sobre el destino de modos impredecibles (Fosse, 2010).

de describir el tiempo vivido de una manera reflexiva y selectiva a la par que reflejan las concepciones prevalecientes sobre las “vidas posibles” en contextos culturales particulares. Aprendemos de las sociedades no sólo a través de las descripciones de los hechos que realizan los sujetos, sino también de los supuestos que enmarcan sus relatos y de las historias de lo que sucede cuando sus deseos y expectativas chocan con dolorosas realidades externas (Bruner, 1987; Chamberlayne, Rustin y Wengraf, 2002; Khotari y Hulme, 2004; Lamont y Small, 2008).

Las “historias” que la gente cuenta sobre sí misma son reveladoras de cómo los individuos dan sentido a sus experiencias, constreñimientos y oportunidades, evidenciando los modos en que las estructuras distribuyen poder y desventaja. De lo que se trata es de discernir, en los relatos de las historias de vida individuales, los segmentos relevantes de la estructura social y de la cultura que están en juego en cada caso, de movernos continuamente entre el mundo de la vida individual y la configuración social que lo produce y es reproducida por éste entre la historia y la biografía. Esto nos permite desentrañar los modos en que operan los discursos hegemónicos sobre la pobreza, y las posibles (o potenciales) resistencias que se generan frente a éstos. En efecto, las narrativas constituyen las herramientas privilegiadas en numerosos estudios para abordar las diversas expresiones y los sentidos que pueden asumir la precariedad, la privación y la desventaja social en las trayectorias de individuos con perfiles diferenciados.

En *La miseria del mundo*, Bourdieu y otros autores (1999), a través de entrevistas en profundidad con jóvenes de suburbios, inmigrantes, obreros desplazados, desempleados, educadores, trabajadores sociales, etc., exploran y hacen evidentes la experiencia y el sufrimiento que expresan los sujetos en distintas situaciones de “miseria social” en un contexto de profundas transformaciones. Los “lugares difíciles” (como las periferias urbanas o la escuela), señala Bourdieu, son antes que nada difíciles de describir y pensar, puesto que se trata de dar cuenta de representaciones complejas y múltiples de las mismas realidades en discursos diferentes (Bourdieu, 1999).

En el trabajo coordinado por Chamberlayne, Rustin y Wengraf (2002), se analizan diversas experiencias de pérdida e incertidumbre en un escenario contemporáneo atravesado por el riesgo y procesos de individualización. Mediante entrevistas narrativas biográficas realizadas en siete países europeos, en las que la precariedad se instala como constante de experiencias migratorias, laborales, familiares, de género y de transición a la adultez, se evidencia que los cambios estructurales tienen su contraparte en emociones y sentimientos que se expresan en la historia contada de los individuos, y permiten explorar la interacción entre sujetos, estructuras y culturas a nivel micro desde

la perspectiva de los individuos y sus redes inmediatas. Las transformaciones analizadas ilustran los profundos desafíos que enfrentan las políticas sociales en el contexto de una nueva estructura de riesgos, que exige rediseñar las instituciones sociales en un escenario de marcado debilitamiento de las anteriores certezas con relación al empleo, la familia y la escuela, entre otras.

A través de un estudio cualitativo y longitudinal, Thomson y coautores (2002) utilizan narrativas de jóvenes entre 16 y 19 años, residentes en cinco comunidades contrastantes de Gran Bretaña (en términos de ingresos, homogeneidad social composición étnica y religiosa), para identificar “momentos críticos” en sus transiciones a la adultez, explorando en qué medida dichos momentos son parte de procesos mayores de inclusión y exclusión social.¹⁰ A través de diferentes “momentos críticos” se analizan las relaciones entre condiciones estructurales, respuestas individuales, temporalidad y elección, destacando que la forma que adquieren las transiciones juveniles depende del grado de control de los jóvenes sobre diversos eventos y de su capacidad para responder a los mismos. El concepto de “momentos críticos” permite comparar narrativas e interrogarnos acerca de si, cómo y por qué la gente responde de maneras diferentes a eventos similares, visualizando de qué manera los contextos sociales y económicos enmarcan las narrativas individuales y los recursos culturales a los cuales los jóvenes pueden recurrir. En relación con las tensiones y posibles contradicciones entre la vida contada y la vida vivida, si bien en la mayoría de los jóvenes entrevistados está presente el lenguaje de la elección individual, el control y la agencia, sólo en algunos casos esta retórica está acompañada de los recursos y las oportunidades necesarias para ejercerlos (Thomson *et al.*, 2002).

En su análisis sobre transiciones juveniles en sectores populares de la ciudad de México, Saraví (2009) recurre a los relatos biográficos de dos jóvenes, en tanto que experiencias paradigmáticas, para analizar la “microfísica de la exclusión”, la confluencia de las dimensiones micro y macro en los procesos de transición a la adultez de jóvenes vulnerables. Las narrativas son utilizadas por el autor como una estrategia analítica que permite trascender la fragmentación temática y analizar la interacción entre diversas dimensiones, esferas y trayectorias en que transcurre el curso de vida, a la par que po-

¹⁰ Un momento crítico es definido por los autores como un evento relatado en la entrevista que el investigador o el entrevistado consideran que tiene importantes consecuencias para sus vidas e identidades. Los diversos momentos críticos son agrupados en categorías como familia, muerte y enfermedad, educación, problemas, tiempo libre y consumo, mudanzas y relaciones, e incluyen eventos tales como ser echado de su hogar, rupturas familiares, desempleo del padre, muerte de uno de los padres, depresión, enfermedad crónica, embarazo, abandono escolar, conflictos en la escuela, mudanzas, relaciones de pareja, amistades, experiencias sexuales, etc. (Thomson *et al.*, 2002).

nen al descubierto una de las dimensiones menos estudiadas en los trabajos sobre desigualdad y exclusión: la subjetividad.

Las narrativas nos permiten, siguiendo a Bourdieu (1999), entrar en la singularidad de la historia de una vida e intentar comprender, a la vez en su unicidad y generalidad, los dramas de una existencia. No se trata pues, de lamentar, reír o detestar, sino de comprender.

Límites simbólicos

Los límites simbólicos son distinciones conceptuales hechas por los actores para categorizar objetos, gente y prácticas; definen jerarquías, similitudes y diferencias entre grupos, trazando fronteras entre “ellos” y “nosotros”. Revelan cómo los individuos caracterizan explícita e implícitamente a los miembros de diversas clases sociales, particularmente lo que visualizan como sus características y defectos o limitaciones, y pueden constituir tanto un producto como una fuente de desigualdad social. Los límites simbólicos contribuyen a entender si los procesos de éxito o fracaso de determinados grupos, como “los pobres”, son atribuidos al contexto y a fuerzas externas, o a explicaciones de auto-culpabilización (Lamont y Molnár, 2002; Lamont y Small, 2008; Bail, 2008; Small, Harding y Lamont, 2010). La noción de límites permite capturar un proceso social fundamental, el de la sociabilidad, haciendo evidentes tanto los mecanismos de funcionamiento de las estructuras y las instituciones, como de los mecanismos culturales y sociales que mantienen sistemas de clasificación que delimitan a “los pobres” de “nosotros”.

La relación entre límites sociales y simbólicos muestra el funcionamiento de los procesos de diferenciación y distanciamiento social. Los límites sociales son formas objetivadas de diferencias sociales que se manifiestan en el desigual acceso y distribución de recursos (materiales y no materiales) y oportunidades sociales, así como en los patrones de asociación. Los límites son modelados por el contexto, particularmente por los repertorios culturales, tradiciones y narrativas a los cuales los individuos tienen acceso. Cuando los límites simbólicos son ampliamente aceptados pueden asumir un carácter constrictivo y pautar la interacción social de manera importante (Lamont y Molnár, 2002). Los límites simbólicos pueden ser pensados como una condición necesaria, aunque no suficiente, para la creación de límites sociales que se expresan, entre otros aspectos, en la segregación espacial, laboral y en los patrones del mercado matrimonial (Lamont y Molnár, 2002).

En contraste con la visión de la cultura de la pobreza, que asigna a los pobres una identidad homogénea, con patrones culturales específicos, diver-

Los estudios sobre la construcción de límites e identidad entre los sectores más desfavorecidos se han centrado en el análisis de cómo los pobres se autodefinen (trabajadores, buenos padres, seres morales, etc.). En términos generales se observa que el trabajo emerge como una categoría central entre los pobres para distinguirse de “los otros” pobres. En su investigación sobre trabajadores latinos y afroamericanos empleados en la industria de comida rápida en Harlem, Newman (1999) destaca que éstos se definen a sí mismos como “trabajadores” para distinguirse de los “desempleados pobres”, desarrollando una jerarquía de estatus anclada en la estructura social dominante y en la narrativa del “sueño americano”.

Mi propio trabajo etnográfico en un área de alta concentración de pobreza de la ciudad de México, arroja resultados similares respecto a cómo los residentes del lugar visualizan a “los pobres”, donde se observa un distanciamiento respecto del “otro” con el que no quieren ser asociados: el pobre es visualizado como el que no quiere trabajar, el que no se esfuerza, en suma, “el otro” (Bayón, 2012). La explicación de la pobreza por la pereza choca con una realidad ampliamente extendida entre los sectores más desfavorecidos, la del trabajador pobre, la de quien, a pesar de largas e intensas jornadas de trabajo en empleos altamente precarios y mal pagados, no deja de sufrir privaciones (Bayón, 2012).

La atribución de la pobreza a una causa individual o colectiva es en sí misma un importante indicador de las maneras en que los individuos y las sociedades se relacionan con ésta. Las percepciones públicas de la pobreza tienen un rol clave en la legitimación de la desigualdad y en la delimitación de las fronteras de la intervención del estado en la provisión de bienestar, en general, y de las políticas de combate a la pobreza, en particular (Lepianka, Gelissen y Van Oorschot, 2010).

A través de entrevistas en profundidad, Seccombe, James y Battle Walters (1998) analizan las construcciones sociales de las madres que reciben asistencia pública (*welfare mothers*) en Estados Unidos y cómo éstas son internalizadas por las propias receptoras. En un contexto caracterizado por una concepción fuertemente individualista de la pobreza, los receptores de asistencia pública, en su mayoría niños dependientes y sus madres solteras, constituyen el subconjunto de pobres más estigmatizado, estigmas de los que estas madres tienen pleno conocimiento: “flojas”, “adictas a las drogas”, “tramposas”, desinteresadas en la educación, “sin ganas de mejorar” “dependientes de la asistencia social”, etc.¹¹ Respecto a la construcción de límites simbólicos entre

¹¹ Estos estereotipos negativos son reforzados por las imágenes difundidas en los medios de comunicación: en contraste con las madres “famosas”, presentadas como tranquilas, pacientes

los propios pobres, las madres entrevistadas evalúan su propia situación y la de otras madres beneficiarias a partir de concepciones contrastantes que evidencian un distanciamiento físico y emocional de “otras” mujeres que comparten su misma situación, estableciendo claras distinciones entre “yo” y “ellas”.¹² Este extrañamiento opera como un mecanismo para enfrentar el estigma, a la par que justifica y legitima la desigualdad social, atribuyendo las desventajas sociales a las características individuales de los desfavorecidos.

Refiriéndose a la sociedad chilena, un contexto en el que el individualismo neoliberal se presentó como altamente “exitoso”, Márquez (2002) destaca que ser pobre en este país es ser portador de un estigma, sustentado en una homologación de la noción de “estrato pobre” a “cultura de la pobreza”, proceso que ha justificado la acción de políticas públicas hacia este sector y alimentado el estigma de la sociedad hacia los pobres. Esta estigmatización se da en el contexto de una sociedad fascinada por el éxito individual, la competitividad y la excelencia, donde la probabilidad de existir y reconocerse en la mirada del otro se han vuelto altamente improbables. La autora destaca la importancia de las fronteras identitarias que se constituyen en el interior de la ciudad, marcada por la afirmación de una ciudadanía privada y una comunidad fuertemente fragmentada.¹³

y predecibles, las madres que reciben asistencia pública son mostradas pintándose las uñas, fumando y alimentando a su bebé con refresco de cola (Bullock, Fraser y Williams, 2001). Estas representaciones e imágenes profundamente negativas de las “*welfare mothers*” contribuyeron al apoyo público, sobre todo de los sectores medios blancos norteamericanos, a la reforma de 1997, que desmanteló el sistema previo, e implantó las políticas de “*workfare*”.

¹² Mientras que las mujeres en una situación semejante son evaluadas desde una perspectiva individualista y estigmatizante, que reproduce los estereotipos antes mencionados, su propia situación es explicada desde una perspectiva estructural, que resalta la precariedad y los bajos salarios de los empleos disponibles; la ausencia de centros de cuidado infantil accesibles, seguros y de calidad; la falta de apoyo del padre de sus hijos; el deficiente sistema de transporte público, así como problemas más amplios como el racismo y el sexismo, y limitaciones propias del sistema de provisión de bienestar (Seccombe, James y Battle Walters, 1998).

¹³ En su trabajo etnográfico en áreas de la ciudad de Santiago —un barrio de clase media alta y un barrio popular—, Márquez (2003) observa la forma que adquiere la relación con el otro en cada uno de estos espacios. En el primer barrio (un condominio cerrado) al otro se lo tolera, pero no se lo frecuente ni en los aspectos más fortuitos de la convivencia. La relación con el otro, el más pobre o el que habita en los extramuros del condominio, se construye esporádicamente, ya sea desde los servicios (las nanas, los jardineros, los maestros) o la caridad, supeditada ésta a situaciones de urgencia. En el segundo barrio, conformado por viviendas de interés social, se observa que la estigmatización y discriminación no proviene sólo de los márgenes externos a la comunidad, sino también de los propios vecinos, construyéndose fronteras internas a la propia villa, dependiendo del modo en que se adquirió la vivienda —si por ahorros propios y provenientes de barrios aledaños o por la ayuda del Estado y provenientes de campamentos— Márquez (2003).

En la medida que los grupos estigmatizados internalizan la visión dominante acerca de su menor estatus, es menos probable que desafíen las formas estructurales de discriminación que bloquean su acceso a diversas oportunidades. La criminalización simbólica de ciertas categorías sociales es un proceso social dominante y tan difundido que hasta las propias víctimas de los estereotipos acaban por reproducirlos, aunque de manera ambigua (Link y Phelan, 2001; Caldeira, 2007).

Capital cultural

El concepto de capital cultural ha permitido mejorar la comprensión sobre los procesos a través de los cuales los sistemas de estratificación social son mantenidos y reproducidos. El capital cultural hace referencia a las señales culturales institucionalizadas (actitudes, preferencias, conocimiento formal, comportamientos, bienes y credenciales) utilizadas para la exclusión social y cultural (Lamont y Lareau, 1988: 156).

El concepto fue inicialmente desarrollado por Bourdieu y Passeron (1970) para destacar que las escuelas no son instituciones neutrales, sino que reflejan las experiencias de las clases dominantes.¹⁴ El mérito en la escuela se constituye en una ficción que consiste en hacer “como si” los resultados escolares de los alumnos fueran la consecuencia directa de su trabajo, de su esfuerzo, de su atención (Dubet, 2005). Se afirma constantemente que “si se quiere, se puede”, de manera que el alumno que fracasa aparece como el responsable de su propio fracaso, como si la competencia escolar fuera indemne a las desigualdades sociales. Lareau (2003) muestra cómo el uso del tiempo libre contribuye a reproducir las desigualdades de clase. Los padres de clases medias y de sectores populares manejan de maneras contrastantes las actividades extracurriculares de sus hijos. Mientras que los primeros favorecen, a través de diversas actividades, un desarrollo orientado a la adquisición de habilidades y talentos que los preparan para la vida profesional (polivalencia o multitareas, autodirección, liderazgo, etc.), los segundos promueven

¹⁴ Los niños de hogares acomodados adquieren competencias lingüísticas y culturales durante su crianza, que les proveen de los medios que favorecen el éxito escolar: leen libros, asisten a museos y conciertos, van al teatro o al cine, etc., lo que les permite adquirir una familiaridad con la cultura dominante que el sistema educativo requiere para el éxito académico de los alumnos. En contraste, los estudiantes provenientes de hogares más desfavorecidos, cuyas familias tienen una escasa disposición de formas de capital cultural valorados socialmente, están en una situación de una clara desventaja respecto a sus posibilidades de éxito escolar (Bourdieu y Passeron, 1970).

un crecimiento “natural” y espontáneo, a través de un tiempo libre desestructurado que no contribuye a adquirir habilidades como las mencionadas.

El poder que se ejerce mediante el capital cultural no se refiere a la capacidad de influir en decisiones específicas, sino de moldear las vidas de otros a través de la exclusión y la imposición simbólica. En particular, es el poder de legitimar prácticas y normas culturales específicas como superiores y de institucionalizar dicha legitimación para regular el comportamiento y el acceso a recursos. La capacidad de una clase de hacer que sus preferencias y prácticas particulares parezcan naturales y autoritativas es la clave de este control, a través del cual se ejerce la violencia simbólica, que consiste en imponer significados particulares como legítimos, ocultando las relaciones de poder que están en la base de esta imposición (Bourdieu y Passeron, 1970; Lamont y Lareau, 1988).¹⁵

En su ya clásico trabajo etnográfico, MacLeod (1987) analiza las percepciones y expectativas de movilidad social (ligadas al empleo y a la educación) en dos grupos de jóvenes, uno formado por afroamericanos y otro por blancos, residentes en un mismo complejo habitacional que concentra sectores de bajos ingresos en una ciudad del noreste norteamericano. A pesar de enfrentar constreñimientos estructurales semejantes, los jóvenes de ambos grupos evidencian importantes contrastes en sus expectativas de futuro: mientras que los jóvenes afroamericanos adhieren fuertemente al modelo meritocrático del “sueño americano”, los jóvenes blancos expresan un nivel muy bajo de expectativas de mejoramiento, que se traduce en una sensación de entrapamiento y conduce a una internalización de la vergüenza por el fracaso en la escuela, a un debilitamiento de la autoestima y a la resignación respecto a una futura inserción en empleos precarios y mal pagados, similar a la de sus padres. Mientras que la actitud de los jóvenes blancos puede ser en parte interpretada como una respuesta al estigma que sienten por ser “americanos pobres blancos”, los jóvenes afroamericanos tienden a atribuir la desventajosa situación de sus padres a la discriminación racial, y

¹⁵ Un claro ejemplo es el estigma moral asociado a la clase de pertenencia que afecta precisamente a los grupos más débiles, mientras que el privilegio moral se relaciona con las clases acomodadas (Sayer, 2002). En un reciente estudio realizado en Gran Bretaña sobre las actitudes respecto a la desigualdad económica en diferentes grupos socioeconómicos, Bamfield y Horton (2009) señalan que las actitudes hacia los sectores de menores ingresos suelen ser más negativas y punitivas que hacia los estratos más altos de la estructura social, entre quienes no se establecen contrastes relevantes entre “merecedores” y “no merecedores” de la riqueza que poseen. Es mucho mayor la tendencia a adscribir responsabilidad individual y culpar por su comportamiento a los sectores más desfavorecidos que a los sectores acomodados. Las expectativas y los criterios de evaluación suelen ser mucho más exigentes hacia los sectores más pobres, hacia quienes predominan estereotipos negativos.

consideran que el modelo meritocrático es una descripción adecuada de la estructura de oportunidades que existe en Estados Unidos, ya que perciben que su situación (en términos de discriminación) es sustancialmente diferente a la que vivieron sus padres (MacLeod, 1987). El autor destaca la utilidad del concepto de *habitus*, desarrollado por Bourdieu para explicar las relaciones entre oportunidades objetivas y expectativas subjetivas, comprendido a partir de la interacción de diversos elementos como la etnicidad, la familia, la escolaridad, experiencias laborales y residenciales, etc. El modo diverso en que se procesan los modelos culturales no supone o anticipa que los resultados (respecto a las oportunidades de acceder a buenos empleos y mejores niveles de vida) en ambos grupos de jóvenes serán necesariamente distintos. Sin embargo, como señalamos anteriormente, y como el trabajo de MacLeod confirma, los modos en que los individuos y grupos experimentan y responden a los constreñimientos estructurales no están predefinidos, y constituyen un problema a ser investigado.

Conclusiones

El reconocimiento de la pobreza como un problema multidimensional y dinámico requiere un análisis complejo capaz de dar cuenta de las relaciones entre las diversas dimensiones de la misma y sus posibles efectos acumulativos. El análisis previo revela el abanico de posibilidades conceptuales disponibles para explorar las dimensiones culturales de la pobreza, cuyo estudio resulta clave para una comprensión integral de la privación y la desigualdad.

Las diversas perspectivas revisadas no sólo contribuyen a desmontar los falsos mitos alimentados por las tesis de la cultura de la pobreza, sino que permiten dar cuenta del modo en que la sociedad se relaciona con la pobreza y cómo ésta se piensa, se experimenta, se institucionaliza y se legitima en sociedades particulares. Las investigaciones analizadas evidencian que “los pobres” no constituyen un grupo homogéneo con valores y patrones de comportamiento compartidos que perpetúan su situación de desventaja. Los individuos pueden comportarse de maneras diferenciadas frente a constreñimientos estructurales semejantes, significar y experimentar sus desventajas de modos diversos, diversidad siempre limitada y condicionada por el contexto y el acceso a recursos y oportunidades.

De lo que se trata es de ir más allá de la descripción de las condiciones de vida de los sectores desfavorecidos, y explorar cómo dichas condiciones son percibidas y concebidas socialmente, y los modos en que las repre-

sentaciones sociales moldean y son moldeadas por las políticas e instituciones que se generan en torno a la pobreza.

Wilkinson y Pickett (2009) destacan que la calidad de las relaciones sociales se construyen sobre cimientos materiales: los problemas sociales y de salud no sólo son más comunes entre los sectores sociales más desfavorecidos, sino que el peso social de estos problemas es mucho mayor en las sociedades más desiguales. Si todos los otros factores permanecen constantes, son las desigualdades en cuanto tales las que hacen mal. Lo relevante para evaluar el bienestar no es simplemente la posición que ocupamos en la escala social, sino qué posición ocupamos en relación con los demás dentro de nuestra propia sociedad; el grado de desigualdad *dentro* de una sociedad es el esqueleto que sustenta las desigualdades culturales y de clase. La relación entre amplias brechas de ingreso y bajos estándares de salud en la población deriva en parte del modo en que una sociedad más desigual y jerárquica incrementa los sentimientos de inferioridad, vergüenza e incompetencia entre los más desfavorecidos (Wilkinson y Pickett, 2009).

La comprensión de los modos a través de los cuales la pobreza y la desigualdad no sólo se legitiman, sino que se naturalizan, es particularmente relevante en sociedades como las latinoamericanas, donde —sin olvidar las especificidades nacionales y locales— ambas problemáticas, además de adquirir niveles alarmantes en términos “objetivos”, tienden a ser ampliamente toleradas socialmente. Analizar la pobreza como una construcción social supone desmontar los mecanismos que conducen a su naturalización; centrar el análisis no sólo en los pobres sino en las estructuras sociales, las políticas y las instituciones. La estigmatización y criminalización de los pobres contribuyen a legitimar las desigualdades y consolidan los privilegios de los sectores más ricos. Depauperizar (y por tanto desmoralizar) el discurso sobre la pobreza exige mirar hacia la estructura social en su conjunto, y plantea el desafío de observar más de cerca cómo viven los ricos y cómo legitiman sus privilegios.

Recibido: agosto de 2011

Revisado: enero de 2012

Correspondencia: Instituto de Investigaciones Sociales/Universidad Nacional Autónoma de México/Circuito Mtro. Mario de la Cueva/Ciudad Universitaria/C.P. 04510/México, D.F./correo electrónico: cristina.bayon@unam.mx

Bibliografía

- Bail, Christopher (2008), "The Configuration of Symbolic Boundaries against Immigrants in Europe", *American Sociological Review*, vol. 73, núm. 1, febrero, pp. 37-59.
- Bamfield, Louise y Tim Horton (2009), *Understanding Attitudes to Tackling Economic Inequality*, Nueva York, Joseph Rowntree Foundation.
- Bayón, Ma. Cristina (2012), "El lugar de los pobres: espacio, representaciones sociales y estigmas en la ciudad de México", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, pp. 133-166.
- Bayón, Ma. Cristina (2009), "Persistencia de un modelo social excluyente en México", *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 128, núm. 3, pp. 331-347.
- Bayón, Ma. Cristina (2003), "La erosión de las certezas previas: significados, percepciones e impactos del desempleo en la experiencia argentina", *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 22, pp. 51-77.
- Bayón, Ma. Cristina (2002), *Coping with Job Insecurity: the Experience of Unemployment in Contemporary Argentina*, Austin, The University of Texas, Ph. D. Dissertation.
- Bey, Marguerite (2003), "Las familias campesinas pobres y la política focalizada del Progreso", *Revista Universidad de Guadalajara*, núm. 27, primavera, en URL <http://www.cge.udg.mx/revistaudg/rug27/dossier7.html>, fecha de consulta agosto de 2011.
- Bourdieu, Pierre (dir.) (1999), *La miseria del mundo*, Buenos Aires, FCE.
- Bourdieu, Pierre (1997), *Capital cultural, escuela y espacio social*, México, Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre y Jean-Claude Passeron (1970), *La reproducción. Éléments pour une théorie du système d'enseignement*, París, Minuit.
- Bruner, Jerome (1987), "Life as Narrative", *Social Research*, vol. 54, núm. 1, pp. 11-31.
- Bullock, Heather, Karen Fraser y Wendy Williams (2001), "Media Images of the Poor", *Journal of Social Studies*, vol. 57, núm. 2, pp. 229-246.
- Burchardt, Tania, Julian Le Grand y David Pichaud (eds.) (2002), "Introduction", en John Hills, Julien Le Grand y David Pichaud (eds.), *Understanding Social Exclusion*, Oxford, Oxford University, pp. 1-12.
- Caldeira, Teresa (2007), *Ciudad de muros*, Barcelona, Gedisa.
- Castel, Robert (1997), *La metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Paidós.
- Cecchini, Simone y Aldo Madariaga (2011), *Programas de transferencias condicionadas. Balance de la experiencia reciente en América Latina y el Caribe*, Santiago, Cuadernos de la CEPAL 95, CEPAL.
- Chamberlayne, Prue, Michael Rustin y Tom Wengraf (eds.) (2002), *Biography and Social Exclusion in Europe. Experiences and Life Journeys*, Bristol, The Policy Press.
- Dubet, François (2005), *La escuela de las oportunidades. ¿Qué es una escuela justa?*, Barcelona, Gedisa.
- Fosse, Nathan (2010), "The Repertoire of Infidelity among Low-Income Men: Doubt,

- Duty and Destiny”, *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 629, pp. 125-143.
- Harding, David (2007), “Cultural Context, Sexual Behavior, and Romantic Relationships in Disadvantaged Neighborhoods”, *American Sociological Review*, vol. 72, núm. 3, junio, pp. 341-364.
- Islam, S. Aminul (2005), “Sociology of Poverty: Quest for a New Horizon”, *Bangladesh e-Journal of Sociology*, vol. 2, núm. 1, pp. 1-7, en URL <http://www.bangladeshsociology.org/BEJS%20-%20201.4%20-%20Sardar.pdf>, fecha de consulta febrero de 2011.
- Katzman, Rubén (2002), “Convergencias y divergencias: exploración sobre los efectos de las nuevas modalidades de crecimiento sobre la estructura social de cuatro áreas metropolitanas en América Latina”, en R. Katzman y G. Wormald (coords.), *Trabajo y ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y la exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina*, Montevideo, Cebra.
- Katzman, Rubén (coord.) (1999), *Activos y estructura de oportunidades: estudio sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay*, Montevideo, CEPAL.
- Khotari, Uma y David Hulme (2004), *Narratives, Stories and Tales: Understanding Poverty Dynamics through Life Stories*, working paper, Manchester, Global Poverty Research Group, Institute for Development Policy and Management-University of Manchester, pp. 3-41.
- Lamont, Michèle y Anette Lareau (1988), “Cultural Capital: Allusions, Gaps and Glissandos in Recent Theoretical Developments”, *Sociological Theory*, vol. 6, núm. 2, otoño, pp. 153-168.
- Lamont, Michèle y Mario Small (2008), “How Culture Matters: Enriching our Understandings of Poverty”, en A. Chih Lin y D. R. Harris (eds.), *The Colors of Poverty: Why Racial and Ethnic Disparities Persist*, Nueva York, Russel Sage Foundation, pp. 76-102.
- Lamont, Michèle y Virág Molnár (2002), “The Study of Boundaries in Social Sciences”, *Annual Review of Sociology*, vol. 28, agosto, pp. 167-195.
- Lareau, Annette (2003), *Unequal Childhoods: Class, Race and Family Life*, Berkeley, University of California.
- Lepianka, Dorothea, John Gelissen y Wim van Oorschot (2010), “Popular Explanations of Poverty in Europe. Effects of Contextual and Individual Characteristics across 28 European Countries”, *Acta Sociologica*, vol. 53, núm. 1, pp. 53-72.
- Lewis, Oscar (1970), “The Culture of Poverty”, en O. Lewis, *Anthropological Essays*, Nueva York, Random House.
- Link, Bruce y Jo Phelan (2001) “Conceptualizing Stigma”, *Annual Review of Sociology*, vol. 27, pp. 363-385.
- MacLeod, Jay (1987), *Ain't no makin' it. Leveled Aspirations in a Low-Income Neighborhood*, Boulder, Westview.
- Márquez, Francisca (2003), “Identidad y fronteras urbanas en Santiago de Chile”, *Psicología em Revista*, vol. 10, núm. 14, diciembre, pp. 35-51.
- Márquez, Francisca (2002), “Los patios traseros de un Chile desigual”, en URL <http://>

- creas.uahurtado.cl/html/documentos/documentos_catedras/documentos_catedra2004/patios_traseros.pdf, fecha de consulta enero de 2011.
- Molyneux, Maxine (2008), *Conditional Cash Transfers: a "Pathway to Women's Empowerment"?*, Pathways, working paper 5, en URL <http://www.pathwaysofempowerment.org/PathwaysWP5-website.pdf>, fecha de consulta octubre de 2011.
- Moser, Caroline (1998), "The Asset Vulnerability Framework: Reassessing Urban Poverty Reduction Strategies", *World Development*, vol. 26, núm. 1, pp. 1-19.
- Newman, Katherine (1999), *No Shame in my Game. The Working Poor in the Inner City*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- O'Connor, Alice (2001), *Poverty Knowledge: Social Science, Social Policy, and the Poor in the Twentieth Century U.S. History*, Princeton, Princeton University.
- Paugam, Serge (1991), *La desqualification sociale. Essai sur la nouvelle pauvreté*, París, PUF.
- Portes, Alejandro (1972), "Rationality in the Slum: an Essay on Interpretative Sociology", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 14, núm. 3, pp. 268-286.
- Reis, Elisa y Mick Moore (2005), "Elites, Perceptions and Poverties", en E. Reis y M. Moore (eds.), *Elite Perception of Poverty and Inequality*, Londres, Zed Books, pp. 1-25.
- Reutter, Linda *et al.* (2009), "Who Do They Think We are, Anyway? Perceptions of and Responses to Poverty Stigma", *Qualitative Health Research*, vol. 19, núm. 3, pp. 297-311.
- Saraví, Gonzalo (2009), *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*, México, CIESAS.
- Saucedo, Odra (2011), *Moral Discourse in Social Policy Interfaces: a Mexican Case*, Norwich, School of International Development-University of East Anglia, tesis de doctorado.
- Sayer, Andrew (2005), "Class, Moral Worth and Recognition", *Sociology*, vol. 39, núm. 5, pp. 947-963.
- Sayer, Andrew (2002), "What are Youworth? Why Class is an Embarrassing Subject", *Sociological Research Online*, vol. 7, núm. 3, en URL <http://www.socresonline.org.uk/7/3/sayer.html>, fecha de consulta diciembre de 2010.
- Scott, John (1994), *Poverty and Wealth. Citizenship, Deprivation and Privilege*, Nueva York, Longman.
- Secombe, Karen, Delores James y Kimberly Battle Walters (1998), "'They Think You Ain't Much of Nothing': the Social Construction of the Welfare Mother", *Journal of Marriage and Family*, vol. 60, núm. 4, pp. 849-865.
- Sen, Amartya (2000), *Desarrollo y libertad*, Barcelona, Planeta.
- Sen, Amartya (1995), *Inequality Reexamined*, Cambridge, Harvard University.
- Simmel, George [1908] (1986), "El pobre", en George Simmel, *Sociología. Estudio sobre las formas de socialización*, vol. 2, Madrid, Alianza, pp. 479-520.
- Small, Mario, David Harding y Michèle Lamont (2010), "Reconsidering Culture and Poverty", *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 629, pp. 6-27.
- Somers, Margaret y Fred Block (2005), "From Poverty to Perversity: Ideas, Markets,

- and Institutions over 200 Years of Welfare Debate”, *American Sociological Review*, vol. 70, pp. 260-287.
- Swidler, Ann (1986), “Culture in Action: Symbols and Strategies”, *American Sociological Review*, vol. 51, pp. 273-286.
- Thomson, Rachel, Robert Bell, Janet Holland, Sheila Henderson, Sheena McGrellis y Sue Sharpe (2002), “Critical Moments: Choice, Chance and Opportunity in Young People’s Narratives of Transition”, *Sociology*, vol. 36, núm. 2, pp. 335-354.
- Townsend, Peter (1993) *The International Analysis of Poverty*, Nueva York, Harvester Wheatsheaf.
- Townsend, Peter (1979), *Poverty in the United Kingdom*, Harmondsworth, Penguin.
- Weber, Klaus (2005), “A Toolkit for Analyzing Corporate Cultural Toolkits”, *Poetics*, vol. 33, octubre, pp. 226-252.
- Wilkinson, Richard y Kate Pickett (2009), *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva*, Madrid, Turner Publicaciones.
- Young, Alford (2010), “New Life for an Old Concept: Frame Analysis and the Reinvigoration of Studies in Culture and Poverty”, *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 629, pp. 53-73.

Acerca de la autora

María Cristina Bayón es doctora en sociología por la Universidad de Texas, en Austin. Actualmente es investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Sus áreas de interés son sociología de la pobreza y desigualdad; vulnerabilidad social y procesos de exclusión social, segregación espacial, ciudadanía y políticas sociales. Entre sus publicaciones están “Persistencia de un modelo social excluyente en México”, *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 128, núm. 3, 2009, pp. 331-347; y “Oportunidades desiguales, desventajas heredadas: las dimensiones subjetivas de la privación en México”, *Revista Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, vol. XV, núm. 44, 2011, pp. 163-198.